

cotidianeidad vivida. Dos años después de *Tótem y Tabú*, Freud reconoce estos aspectos en «Duelo y Melancolía». Devorar ¿cuándo? El canibalismo siempre en estos casos habla de pérdida, de privación, de separación. Perder el objeto amoroso supone una renuncia, una distancia. Negarlo significa entrar de lleno en el juego fantasmático del canibalismo. Devorar agresivamente, hacer desaparecer, aniquilar más bien. Único modo de conjurar la angustia de la separación en su doble sentido: separarse de y estar uno mismo separado, troceado, hecho trizas. Único modo de volver a ese mundo fetal perdido donde todo era uno y no había ni dentro ni fuera. Así, la melancolía no sería tanto la reacción regresiva a la pérdida de un objeto cuanto la capacidad alucinatoria de mantenerlo vivo como objeto perdido.

Saturno devora a sus hijos en el cuadro de Goya. Es posible que las estructuras míticas sufrieran un desplazamiento, pero por la misma época los *Archivos Generales de Medicina* o los exámenes de procesos criminales franceses refieren casos de «ogros» melancólicos. El caso es que entre los menesterosos la hambruna disloca la razón para dar paso a casos de auténtica antropofagia, calificada por los médicos en muchas ocasiones como estados «horriblemente melancólicos». Mucho antes del Saturno devorador encontramos en Goya imágenes más crueles. Así *Mala mujer*, ese dibujo de tinta sobre papel que realiza entre 1801-1803, anticipa los casos vistos en los tribunales franceses.

El canibalismo se repiensa en las teorías y el arte de los últimos años ya que es algo que atañe a preocupaciones tan recurrentes en las prácticas artísticas como los problemas de identidad, yo, el otro, las proyecciones narcisistas, y entre ellas cuestiones de distancia: interior/exterior y cerca/lejos. Tampoco es casualidad que la palabra abyección (Kristeva) planee por las obras y los discursos de las artes plásticas. Un concepto, el de lo abyecto, que se codea en las tesis levantadas en su nombre por lo informe (Bataille), lo «heterogéneo», lugar en el que irrumpe aquello imposible de simbolizar, la «heterología», ciencia de lo que no se puede recuperar, ciencia que se dedica a aquello que es improductivo: inmundicias, desechos, excrementos...

Palabras que coexisten también con el registro de Lo Real en Lacan, en el que está presente la idea de una realidad psíquica, de un deseo inconsciente, una pérdida imposible de recuperar y, sobre todo, de simbolizar. Y en medio, el sexo femenino como terrorífica cabeza de Medusa, duda fundadora, origen y fuente.

Estos conceptos, de puntada en puntada, van organizando en su recorrido arbitrario unas prácticas que parecen querer despojarse de la mediación;

unas actitudes a las que les molesta ese «estar en lugar de» del símbolo, o se alejan de los desplazamientos de las metonimias. Como si pretendieran presentar en una inmediatez inalcanzable la parte menos nombrada de nuestros procesos psíquicos. ¿Cómo se logra traer a la representación –en las obras plásticas– esa realidad fenoménica inmanente a ella y, por tanto, imposible de ser simbolizada?

Lo abyecto tiene en la comida parte de su meollo. Asco y vómito.

Revisamos las identidades, dudamos de los sujetos excesivamente fuertes, no hablamos desde el punto de vista filosófico. El sujeto se desmorona realmente: a los cuerpos inconsistentes de la hambruna tercermundista se ha venido a añadir el derrumbe de los cuerpos afectados por el Sida. Mientras tanto, la pareja anorexia/bulimia ocupa en los países desarrollados los lugares desde donde observar la cloaca por la que se pierden los cuerpos desechados por la sociedad del bienestar.

En este sentido la bulimia, al margen de otros factores clínicos, se tiende a ligar con los fantasmas asociados a la oralidad. Incorporación simbólica del objeto materno y de un devorar destructivo, canibalístico, que pretende solucionar de ese modo la angustia del vacío. Regresión a un estadio pregenital o somatización de una defensa contra la angustia. Engullir no es sino una forma de devorar que no deja rastro. No pasa a la sangre. Como Cronos y Zeus (falsos caníbales) que acuden al mismo procedimiento, deglución (katapineîn), pues no se trata de devorar miembro a miembro, sino de engullirlo vivo.

Entre la inmundicia de *Sin título #175*, recuerdo unas gafas de sol en las que se refleja el rostro de la artista. Se trata de una de las obra de vómitos y detritus de Cindy Sherman:

«Tanto he devorado que he llegado a una antropofagia de mí misma. Me ha rechazado el interior y me ha de-vuelto. Estoy de-vuelta en imagen pues aún existo en un espejo. Soy puro reflejo partido. De manera que ese sin título acaba siendo exactamente las imágenes de llegada más pertinentes. La sociedad me ha dejado sin imagen de mí misma, también me ha arrebatado el cuerpo. Aún más, siempre queda un resquicio desde el que retornar. Mi imagen en un cristal de unas gafas de sol de playa, entre toallas y otros artilugios y entre la eyección de mí misma».

Ausencia de plenitud en ese reencuentro. Trabajo en balde. El trabajo de la anorexia es más tajante: desaparecer para volver. Morir como una forma de regresar al seno materno, a la unión primigenia. Lo que me inquieta es ese retorno del sujeto en forma de reflejo, en medio del vómito, inhóspita presencia del resultado de una operación devoradora sin resultados. Castigo de Sísifo. Una y otra vez sin conseguirlo. Evacuación, Eyección de un

si mismo hecho pedazos y tan distante como para ser percibido únicamente de modo imaginario, en un espejo, como otro.

Lleva Cindy Sherman, desde finales de los 70, intentando engañar a la mirada de un poder antropófago que construye la imagen de la mujer. Comienza en sus fotogramas cinematográficos presentando al sujeto como imagen: ven pero son vistos. Mirada que puede proceder del afuera pero también del adentro. Soy/no soy quien imagino ser, así también en las imágenes de la historia del arte en las que se introduce, desposeyéndolas de su carácter ideal; y ahí llegamos a hacer que la imagen de la mujer, las peticiones que la sociedad le hace, queden disueltas en una serie de fotografías de vómitos y detritus.

Más que disuelta, la mujer se «vuelve del revés» Recuerdo a medias las palabras de un texto de Lygia Clark a principios de los setenta: «Me ahogo, intento vomitar todo mi interior, girarme del revés». Por entonces Kristeva no había escrito su trascendente librito sobre la abyección. Y ahí llegamos a las escenas del horror al cuerpo (materno), un cuerpo extrañado que llega hasta la abyección (el no ser ni sujeto ni objeto) dándose ese no ser la mano entre lo que no éramos anteriormente al nacimiento, hasta el no ser después de muertos, el cadáver. Cadáveres y monstruos pueblan las fotografías de sus abyecciones nocturnas.

Re-vuelta de los otros

En las prácticas sociales no parece que estemos cerca de suscribir el *Manifiesto antropofágico* de Oswaldo de Andrade, publicado en el número primero de la brasileña *Revista de Antropofagia*, mayo de 1928, quizá influido por la revista *Cannibale* que publica mensualmente desde 1920 Francis Picabia «con la colaboración de todos los dadaístas del mundo». Sin embargo, el tono de su manifiesto comienza de modo ilustrado: «Sólo la Antropofagia nos une. Socialmente. Económicamente. Filosóficamente». Como «otro» reivindica la lengua indígena –*Tupi or not tupi, that is the question*– justamente el año 374 de la *Deglutição* del obispo Sardinha.

Recordemos el interés por abolir la lógica cartesiana, la metafísica; que imperen las leyes del inconsciente, el matriarcado del manifiesto de Andrade de 1928. La reivindicación de la antropofagia como valor cultural fue una provocación para la sociedad brasileña de entonces. «Antropofágico=un tipo de relación entre el mismo y el otro que es simétricamente opuesto a lo que predomina en las costumbres de nuestra civilización».

Incorporación en el organismo social de todo aquello que es objeto de exclusión, de rechazo...

Contra la realidad social, vestida y opresora, evidenciada por Freud, una realidad sin complejos, sin locura, sin prostitución, sin prisiones, la del matriarcado de Pindorama.

La del matriarcado de Pindorama...

Vuelvo a recordar, a evocar más bien algún escrito, de principios de los setenta, de Lygia Clark en el que alude a una boca que expulsa los fluidos, la baba/informe, el interior de sí, memoria de lo arcaico.

De la misma época es su pieza: *Baba antropofágica*. Ella misma la explica en carta a Helio de Oiticica de 6 de julio de 1974:

«Una persona se estira en el suelo. Alrededor suyo los jóvenes que están arrodillados se ponen en la boca un carrete de hilo de varios colores. Empiezan a estirar con la mano el hilo que cae sobre la persona acostada hasta vaciar el carrete. El hilo sale lleno de saliva y la gente que lo estira empieza a sentir simplemente que está estirando un hilo, pero en seguida tiene la percepción de que está tirando el propio vientre hacia el exterior(...) Después las personas se enzarzan con esa baba y ahí empieza una especie de lucha que es el *défoulement* para romper la baba, acto realizado con agresividad, euforia y alegría e incluso dolor, porque los hilos son demasiado duros para ser rotos (...). Otras experiencias que llamo Canibalismo: el grupo come con los ojos vendados en el vientre de un joven acostado...»

Esta acción se lleva a cabo en un curso sobre comunicación gestual en la Sorbona. Se trata de una creación colectiva. No tiene sentido la figura del espectador.

Veinticinco años más tarde la artista cubana Tania Bruguera busca en parámetros vecinos. Así lo demuestran sus acciones como *El Cuerpo del Silencio* donde permanece desnuda rodeada de carne de carnero que simula devorar. *Cuerpo en Silencio*. En otros momentos había permanecido en su casa, un barrio muy popular, comiendo tierra. No hay duda de que sus vecinos comprenden esas instancias devoradoras. Tampoco cabe la figura de un espectador distante. Sólo «los salvajes» son capaces de gestos desesperados: comer tierra, montarse en una balsa, desear la libertad y la felicidad.

Más allá de los juegos con la oralidad en los que se enreda nuestro imaginario pulsional, parece primar en la sociedad una cierta idea de *Antropomemie* (Lévi-Strauss) (*emein=vomitir*), todo lo exterior a mí es malo. Eyección, por tanto. Falsos caníbales, como Zeus o Cronos que únicamente, como dioses soberanos, engullen a sus adversarios para preservar su poder.



Miralda: *Wheat & Steak* (1981)